

han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con savia democrática sus viejas aristocracias; y España, el Job de los pueblos; España, que estuvo á punto de podrirse en el estercolero del absolutismo, ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habían perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo porvenir con el mismo arrojo con que se lanzara en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este gran arrojo nació nuestra salvación; que los pueblos que no se renuevan se condenan irremisiblemente á la esclavitud, y por la esclavitud, á la muerte.

(De *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV, páginas 172 y 173. 1858-62.)



XV.

NO de los sentimientos más profundos y más vivos del corazón humano, es el amor á la patria. Al suelo en que nacimos, ligamos involuntariamente nuestros amores, nuestros ensueños, nuestras esperanzas, toda nuestra vida. Aunque por nuestro espíritu, por nuestras ideas, seamos más libres que el aire, y nos dilatemos en el seno de lo infinito, por nuestros sentimientos, por nuestros recuerdos, nos unimos á la patria como el árbol agarra fuertemente sus raíces á la tierra en que ha brotado. Síntesis el hombre de la naturaleza y del espíritu, que en su ser se penetran y se armonizan: si por su inteligencia, por su razón, pertenece al mundo de las ideas, donde reina lo incondi-

cionable y absoluto, por su organismo pertenece á la tierra, y ve en sus átomos los filamentos de su carne, la medula de sus huesos, y se une tan fuertemente á ella, como el alma está en nosotros unida, con lazos misteriosos é inquebrantables, al cuerpo; y de aquí esos heroicos sacrificios que los hombres de todos tiempos y países han fieramente arrojado por la patria, sacrificios de que se encuentran mudos pero elocuentes testimonios en todas las páginas de la humana historia. Cuando recordamos absortos que en la tierra del suelo patrio yacen las cenizas de nuestros progenitores; que en su seno hemos de levantar los hogares de nuestros hijos; que su clima, sus ríos, sus montañas, determinan hasta nuestro carácter; que su historia nos identifica con todos los tiempos y dilata en lo pasado el breve suspiro de vida que nos toca en suerte, la patria se nos ofrece como el único templo en que puede arder el fuego de nuestro espíritu. Y si no, observad esas razas desgraciadas que no tienen patria, que andan errantes y dispersas por el globo, porque la fuerza bruta ha segado el árbol donde anidaban sus corazones, observadlas, y ve-

réis la tristeza pintada siempre en su rostro, las lágrimas luciendo siempre en los ojos, la desesperación hirviendo siempre en su pecho; y así viven vida lánguida y triste, y mueren muerte lastimosa, porque ni siquiera tienen el consuelo de mezclar sus cenizas con las cenizas de sus padres. El espíritu del hombre no ha nacido para vivir y morir en sí, encerrado en su frío egoísmo, sino para crecer y dilatarse en el seno de la familia, de la patria, de la humanidad, que son grados de nuestra vida. Todo lo que está en armonía con la ley de la naturaleza, es justo. Por eso los pueblos han sembrado de flores el arca donde se consuman grandes sacrificios por la patria; por eso la historia guarda sus más espléndidas coronas para los héroes y los mártires de la patria; por eso el más disculpable de los fanatismos es el fanatismo patriótico. ¡Oh! Sea la que quiera la suerte de nuestra patria, ora se levante emporio de la grandeza, ora caiga más abatida aún, nosotros, los que nos gloriamos de ser sus hijos, le consagramos siempre los sentimientos más vivos del corazón, la miramos como la tumba sagrada que encierra todo cuanto de

grande y caro nos ha precedido en el tiempo, le ofrecemos contentos la vida que nos ha dado, y pediremos á Dios que nos consienta morir en su regazo, retratar en nuestra última mirada sus claros cielos, y reposar donde reposan nuestros padres.

(En *Miscelánea de Historia*, año de 1859.)



XVI

HE concluído, señores, he concluído. Os he dado consejos con el corazón, y ahora mismo no puedo recopilar y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados á ilustrar esta sociedad, además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debéis aconsejar á vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejéis nunca de infundirles el amor vivo, profundo, á la nación española, á esta tierra sagrada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamada el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del ibero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres más